

# Formoso

De puntillas, sigilosamente, tal como entró, sin desplantes ni autobombos, se nos ha retirado del periodismo, don Manuel Formoso.

El vacío que ha dejado entre sus más íntimos colaboradores —nos referimos, no a los colegas que trabajaban a la par suya y que seguramente le han echado de menos, sino a nosotros; sus lectores diarios y admiradores, que en su caso hacíamos legión atenta y cerrada, y que es, sin duda alguna, la razón de existir del buen periodista—, alcanza brazas de profundidad.

Decíamos que se metió de puntillas, hace casi cincuenta años, en los periódicos costarricenses; pero, inmediatamente después de entrada, en todos los ámbitos de la república comenzó a sentirse el temblor que producía su recio temperamento. Talentoso y apasionado, él no podía conformarse con ver los astados políticos desde la barrera, y sin pensarlo mucho, tras rápida y sagaz observación de sus mañas, se la saltó a la torera, para lidiarlos de cerca, con verónicas y otros pases naturales, y clavarles puyas y banderillas, rejonnes y estocadas, sin arredrarse ante las maldiciones de las víctimas ni envanecerse de los aplausos de la concurrencia.

A los pocos años de duro bregar en estas faenas, ya don Manuel Formoso se había hecho más costarricense que uno que hubiera nacido en Cartago, o, mejor, en Alajuela.

Como todas las mañanas, antes o después del café, Formoso, con su pluma galana y salerosa, sentaba en la picota de la crítica de su inimitable "Columna" a los gobernantes de turno que abusaban del poder y cometían errores; a los políticos que se olvidaban de sus ideales; a los ministros trotamundos; a los funcionarios que no cumplían con sus deberes o que se desentendían de las leyes y de los preceptos constitucionales; a los diputados que se pagaban dietas de más y querían importar carros exonerados de impuestos; a los empleados públicos que no trabajaban durante la semana, pero se iban a gozar de sus vacaciones a las playas o montañas, en autos oficiales, impulsados por motores de gasolina del gobierno, no nos extrañaría que más de un mortal haya dado un respido de alivio al saber que Formoso se ausentó del periodismo activo. Pero sus lectores no podemos disimular la cavanga que nos embarga. Sin Formoso, la prensa nacional no es la de antes. Le falta algo, un no sé qué. El tamal sigue siendo el mismo de todos los días: muchas hojas, bastante masa y buen relleno, pero carece de la gracia, de la ironía fina, de esa suave mordacidad, de esa sal tan especial que le ponía Formoso. Y todo esto es la lamentar, porque para los costarricenses, gentes tradicionalmente de poco humor, que se nos quite la poca gracia que tenemos, en verdad que constituye una real desgracia.

¿Qué tendremos que hacer para volver a sonreír, a la hora del café y del periódico? Ni modo, a esperar, hasta que nos vuelva a llegar, en barco o en avión, otro español tan costarricense como Formoso, u otro tico tan aragonés como don Manuel.

O. Chacón Jinesta.